

LA FABULA CANIBAL

Gustavo Pereira*

RELACION DE FEROCES ANTROPOFAGOS INDIOS LLAMADOS CANIBAS.

La fábula caníbal llenó gran parte del morral de cuentos y faramallas de la conquista y la colonización, y de algún modo sigue haciéndolo.

Todos los informes o testimonios sobre la antropofagia aborígen que conocemos son, a la luz de un análisis estricto, dudosos y mendaces, cuando no risibles.

Sorprende la validez imperturbable que la mayoría de los investigadores de las ciencias sociales otorgan a las formulaciones discordantes, inexactas, imaginarias o en el menor de los casos tergiversadas de los participantes en la aventura conquistadora, de sus agentes o fámulos y de viajeros, exploradores y misioneros cuyos pareceres adolecen casi siempre de apreciaciones engañosas e inverificables.

Por qué la antropología contemporánea, con los recursos que a su disposición tiene, ha podido aceptar, en general acríticamente, este universo de supuestos y leyendas adscrito más al territorio imaginativo que al de los hechos, resulta inconcebible desde un punto de vista científico. Es lo que ha observado el profesor estadounidense W. Arens en su libro *El mito del canibalismo*: "En realidad, me resulta difícil comprender cómo han podido durar décadas enconados debates acerca de si un sistema particular de matrimonio existe o no, mientras simplemente se da por sentado que los hombres se han comido y continúan comiéndose entre sí. Si una de las tareas

primordiales de la antropología es descubrir lo que es esencial o común a la comunidad, entonces el actual estado de cosas es asombroso". Y agrega: "Para nuestra gran satisfacción, la discusión del canibalismo como costumbre se limita normalmente a tierras lejanas justo antes o durante su "pacificación" por los varios agentes de la civilización occidental (...) Aparte de las situaciones de supervivencia, no he logrado descubrir documentación adecuada sobre el canibalismo como costumbre en ninguna forma de ninguna sociedad. Los rumores, las sospechas, los temores y las acusaciones abundan, pero no los informes satisfactorios de primera mano. Son interminables los ensayos eruditos escritos por profesionales, pero falta la etnografía que debería servirles de apoyo" (1) (Ver Addenda 13). Al menos tres condiciones deberían considerarse para valorar positivamente cualquier testimonio histórico (hasta ahora el único recurso empleado para afirmar la antropofagia indígena): una, que el emisor merezca crédito; dos, que haya presenciado realmente lo que relata o que sus fuentes sean igualmente confiables; y por último, que sucesivos o diversos informes lo corroboren. Miguel Acosta Saigones sugiere adoptar estos métodos: 1) Acopiar información sobre el canibalismo no sólo en América, sino en el resto del mundo; 2) Verificar la certidumbre de las afirmaciones encontradas en las fuentes históricas, aceptando como verdaderas las mediciones confirmadas por personas diferentes, en regiones distintas; 3) Servirse de los relatos de los viajeros, científicos, historiadores y otras personas no interesadas en la conquista, como testimonios confirmadores o negadores; 4) Acudir a los estudios de antropólogos, etnólogos, arqueólogos físicos y lingüistas (2). Señala además, refiriéndose a los historiadores venezolanos, que la escasa preocupación de la mayoría de ellos por cuanto atañe a las culturas prehispánicas se debe fundamentalmente a la pretendida antropofagia de los caribes. A este pueblo se le ha presentado, agrega, como conglomerado de hábitos feroces, desprovisto de sentimientos, en estado de barbarie absoluta. Incluso palabras y expresiones del habla cotidiana les aluden despectivamente: "caribear" es imponerse a la fuerza, "ser un

*Gustavo Pereira, Profesor Titular. Departamento de Humanidades y Ciencias Sociales. Núcleo de Anzoátegui.

caribe" es ser jactancioso, peleador, cruel o pícaro. Y no en vano, agregamos nosotros, se denomina "caribe" a la piraña.

Para el ilustre investigador venezolano, dos posiciones igualmente erradas pueden deslindarse en este asunto: para unos, la presencia del canibalismo basta para descalificar a las antiguas culturas americanas; para otros, la antropofagia aborígen no existió más que en boca de conquistadores y cronistas, interesados en el despojo y la esclavización. Hemos de confesar que las numerosas fuentes consultadas nos han llevado más a la segunda que a la primera posición, luego de un análisis objetivo que nos desvaloriza, por aparentemente inhumano que sea, ningún rasgo cultural, sino que -como desea Acosta Saignes- "lo aprecia dentro de un contexto y una escala de valores que no toma como paradigma nuestra propia realidad".

El proceso de deformaciones, invenciones, infundios y fantasías sobre América se había iniciado, como hemos dicho, con Colón.

También la supuesta antropofagia caribe halló en sus anotaciones y en su Diario de a bordo interesado cobijo.

Recién llegado al archipiélago lucayo, el 4 de noviembre de 1492, el misterioso almirante (como lo llamase el historiador venezolano Carlos Brandt) colige de las informaciones que por señas le dan algunos indios, "que lejos de allí había hombres de un ojo y otro con hocicos de perros que comían los hombres y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura" (3).

El 23 de noviembre consigna las mismas impresiones, aunque la razón le hace dudar: "...sobre este cabo encabalgaba otra tierra o cabo que va también al Leste, a quien aquellos indios que llevaba llaman Bohío, la cual decían que era muy grande y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quien mostraban tener gran miedo. Y desde que vieron que lleva esta camino, diz que no podían hablar porque los comían y que son gente muy armada".

Las Casas acota que el Almirante creyó que puesto que los caribes iban armados serían gente inteligente y que al haber capturado algunos taínos "porque no volvían dirían que los comían". Y agrega esta observación, corroborada después en las páginas de

Vespucci: "Lo mismo creían de los cristianos y del Almirante al principio que algunos los vieron". Es decir, que los indios juzgaban a los españoles como lo hacían con sus rivales, a quienes, como a todo pueblo extranjero, consideraban antropófagos (Ver Addenda 14).

El 26 de noviembre, ya próximo al sitio que los nativos nombraban Bohío (en Haití), Colón insiste en que éstos mienten y que en realidad se halla en territorio del Gran Khan o Can. Dice que toda la gente que ha tropezado mostraba grandísimo temor de los Caniba o Canima que viven en Bohío, pero que ello se debía a "que aquellos indios que traían no suelen poblarse a la costa de la mar, por ser vecinos a esta tierra" y que aunque decían que los de Bohío no tenían sino un ojo y la cara de perro, creía que mentían.

Al día siguiente, los navegantes tienen la oportunidad de cerciorarse. Al pie del cabo de Campana ven un puerto y en él "infinita gente a la ribera de la mar dando grandes voces, todos desnudos, con sus azagayas en la mano". El Almirante desea hablar con ellos y envía barcas de la nao y de la carabela, pero los indios hacen ademanes de que no desean recibirlos. "Y creyendo que saliendo dos o tres hombres de las barcas no temieran, salieron dos cristianos diciendo que no hubiesen miedo en su lengua, porque sabían algo de ella por la conversación de los que traen consigo. En fin, dieron todos a huir, que ni grande ni chico quedó".

Todavía el 29 de noviembre, pese a los informes indios, Colón asienta su incredulidad aunque también el estupor que le produce el hallazgo de una cabeza humana dentro de un cesto. Cree que habría de ser de algún principal del linaje, "porque aquellas casas eran de manera que se acogen a ella mucha gente en una sola, y deben ser parientes descendientes de uno solo". Las anotaciones del 3 de diciembre inclinan más bien sus simpatías hacia a los extraños habitantes de Bohío. Dice que éstos son gentes como los otros que ha hallado y de la misma creencia. El 17 de diciembre tropieza con las aparentes pruebas materiales de la existencia de los Caniba o Caníbales, pero sigue condensando su escepticismo: "...holgáronce mucho con los cristianos los indios y trajéronles ciertas flechas de los Canibas o de los Caníbales, y son de las espigas de cañas, y exigiéronles unos palillos tostados y agudos, y son muy largos. Mostráronles dos hombres que les faltaban algunos pedazos de carne de su cuerpo y hiciéronles entender que los caníbales los habían comido a bocados; el Almirante no lo creyó".

No es inútil recalcar cómo en el relato de Colón cada pueblo aborigen llama Caribe o Caníbal al de la isla vecina. Los lucayos acuñan el término a los de Juana o Cuba, éstos llaman Caniba a los Bohío o Española y éstos a los de Cibao, al otro extremo de la isla. No obstante, la leyenda sobre la antropofagia caribe comienza a conformarse después del encuentro armado que sostienen los españoles con los Ciguayos flecheros cuando circunnavegaban La española. Las impresiones de Colón, anotadas el 13 de enero de 1493, son precisas en deslindar la mansedumbre de los lucayos y la determinación de esta nueva gente "sin miedo, no como los otros de las otras islas, que son cobardes y sin armas fuera de razón".

Ningún pretexto mejor para las intenciones de quien, a falta de las especies y riquezas del Khan, ve en el tráfico de seres humanos un posible sustitutivo. De allí en adelante, el Almirante será capaz de descubrir caníbales a un golpe de vista, como lo comprueba esta anotación referida a los de la costa de Honduras: "Otra gente fallé que comían hombres: la desformidad de su gesto lo dice".

La leyenda iniciada por las referencias colombinas y avaladas por la resistencia armada de las tribus caribes, cobró proporciones inusitadas. Casi no existe viajero o cronista que no lo haya estampado de algún modo, generalizando en el término *caribe* o *caníbal* al conjunto de pueblos de la Costa Firme y las islas orientales.

En el relato de su segundo viaje, Américo Vespucci describe el encuentro con una piragua caribe cuyos ocupantes, al ver que los navíos extranjeros se aproximaban, la dirigen a tierra. Cercados sin embargo, los indios (que podían ser, según el florentino, unos 70) se lanzan al agua. "En la piragua no quedaron más que cuatro niños, que no eran de su raza y que llevaban cautivos de otra tierra. Los habían castrado, porque todos estaban sin miedo viril y la herida estaba todavía fresca (...) Nos dijeron por señas que los habían castrados para comérselos y nosotros supimos que era gente de un pueblo llamado Caníbales, todos feroces, que comen carne humana" (4).

Coincide el testimonio de Vespucci con el de Colón, aunque éste lo ha oído de labios taínos y la castración está referida a los adultos (a objeto de engordarlos y comerlos). Pero Vespucci ha visto también gigantes en Curazao, serpientes del tamaño de un cabrito, con alas y patas, y ha participado con Hojeda, en su primer viaje, en la captura y venta como

esclavos de más de doscientos indios, por lo que no parece su atestación de fiar.

Canoas de caníbales había tropezado también Pedro Alonso Niño remontando Paria, según cuenta Pedro Mártir. Era una verdadera flota "que iban a cazar hombres junto a la boca del Dragón y las gargantas del golfo de Paria" (precisamente en los propios territorios caribes). Páginas atrás hemos comentado este curioso incidente, asaz difundido en la época.

Fernández de Oviedo se hace también eco de varios supuestos informes intachables. Uno de ellos, que atribuye "a dos hombres honrados, vecinos de la isla Margarita", es por demás curioso. Según los informantes, en las costas atlánticas de las actuales repúblicas de Guayana y Venezuela, existía una nación de indios llamados aruacas (arawacos), "gente de buen aspecto y de tales obras", muy amigos de los cristianos, pero mortales enemigos de los caribes, con quienes siempre estaban en guerra. "Cuando los caribes prenden a algunos de estos aruacas, los que están gordos matan y comen, y tienen por muy estimado manjar la carne de la nalga; y con la gordura o grasa de los tales, para defensa del calor de ellos, se untan los cuerpos y los cabellos, y los traen tan pendiente como si con miel u otro licor los untasen". Al indio que capturan flaco, lo engordan con brebajes y de las calaveras y armaduras de huesos de medio cuerpo arriba entoldan sus casas" (5).

En el Sumario de la Natural Historia de las Indias, el mismo Fernández de Oviedo escribe que los indios vencidos capturados eran herrados "y se sirven de ellos por esclavos, y cada señor tiene su hierro conocido" (sic). Observa que los caribes flecheros, como llama a los Cartagena y casi toda la costa Atlántica, "comen carne humana y no toman esclavos ni quieren a vida ninguno de sus contrarios o extraños, y todos los que matan se los comen, y las mujeres que toman sírvense de ellas, y los hijos que paren (si por caso algún caribe se echa con las tales) cómenselos después; y de los muchachos que toman de los extraños, cápanlos y engórdanlos y cómenselos" (p. 45).

Cuenta Fernando Colón que en Guadalupe, de regreso a España en el segundo viaje, su padre había enviado a tierra barcas bien armadas en busca de agua y provisiones. Antes de que los marinos tocasen playa, salen del bosque muchas mujeres armadas con arcos, flechas y penachos, "en acción de querer defender la tierra, por lo cual y también porque el mar estaba alborotado, los de la barcas, sin llegar a tierra enviaron

dos indios de los que traían de la Española, nadando, de los cuales las mujeres se informaron particularmente de los cristianos y habiendo entendido que no buscaban más que bastimentos a trueque de las cosas que llevaban, dijeron que fuesen a la otra parte del Norte, con los navíos donde estaban sus maridos, los cuales le proveerían de todo lo que quisiesen". Luego de una escaramuza que hace huir a los aborígenes, los cristianos bajan "robando y destruyendo lo que hallaban", y entre cosas hallan papagayos, miel, cera y hierro "de que tenían hachuelas", y telares "como de tapetes en que tejían sus camas". En una de las casas encuentran "un brazo de hombre puesto a asar en el asador" (Op. Cit., pp. 186-187).

De los aborígenes del Golfo de Paria, Benzoni escribe que su alimento principal era el pescado, pero que también "comen carne humana, piojos como los monos, arañas y otras porquerías (Op. cit., p. 27). La observación sólo parcialmente avenida con la verdad, es reiterada por el viajero italiano capítulos más adelante. Así, al describir la insurrección de las comunidades costeñas contra los españoles como consecuencia de las batidas esclavistas generadas por el descubrimiento de las perlas de Cubagua, dice, siguiendo una vez más a López de Gómara -trasunto a su vez, como hemos señalado, de Oviedo-, que luego de la matanza, los indios "entre saltos y bailes, se comieron no solamente a los seglares, sino también a los frailes" (p. 62). También los indios de la Florida -y sigue Benzoni calcando a Gómara- eran caníbales: "Ocho religiosos fueron a las indias con esta ordenanza y cuatro de ellos desembarcaron en la Florida, donde empezaron a predicar; pero los indios, recordando los malos tratos recibidos en el pasado, les contestaron con palizas, los mataron y de acuerdo con su costumbre se lo comieron" (p. 74).

Fray Pedro de Aguado, al referirse a las etnias que poblaban el oriente venezolano (Cumanagotos, Chacopatás, Píritus, Paragotos, Chaigotos, Cherigotos, etc.) dice que algunos había, "que ya no podemos decir que haya, que comían carne humana por venganza o rito o grandeza de alguna victoria". Según Aguado, la gente de Gerónimo Ortal pudo constatarlo cuando "habiendo ido con ciertos indios del señor Guaramental a saquear un pueblo de unos contrarios y vecinos suyos, en el saco hubieron los indios un principal, al cual trajeron ante su cacique o señor, y después de haber dicho ciertos razonamientos en su lengua el preso y ciertas ceremonias que acostumbraban hacer, los indios más principales se llegaban a él y vivo como estaba le iban cortando los

miembros y otros pedazos de su cuerpo, hasta que aquel tormento lo mataron, y sacándole la asadura, embijadas las bocas por mayor grandeza, la repartieron entre ellos y se la comieron" (6).

Diego de Nicuesa, conquistador caído en desgracia entre los suyos y echado por éstos de Antigua (en la actual Panamá), se fue, según Benzoni, "errando por aquellas costas, y al tocar tierra para proveerse de aguas fue muerto por los indígenas y devorando con todos sus compañeros" (p. 85). Gómara, de quien el italiano toma éste y otros episodios de su historia, duda entre aseverar que Nicuesa "ahogóse en el camino y comieron los peces" y la versión anterior (Op. cit., p. 82). Benzoni, quien evidentemente estuvo y viajó por el Caribe, se dejaba llevar por inciertas relaciones de la época. Sobre los pobladores de la costas de la actual Panamá escribe: "La mayor parte (...) tienen la costumbre de comer carne humana, mas cuando comían la de los españoles habían algunos que rehusaban alimentarse con ella, temiendo que aún en sus cuerpos aquellos pudiesen hacerles daño. A los que capturaban vivos, especialmente a los capitanes, los naturales les amarraban las manos y los pies, los echaban al suelo y les colaban oro en la boca, diciendo: "Come, come oro, cristiano" (p. 89).

Los naturales de Cartagena no pueden escapar a la consideración general: "En la guerra combatían tanto las mujeres como los hombres; sus armas son flechas envenenadas; se comen a sus enemigos, han devorado a muchos españoles, y lo mismo harían con todos los restantes si pudiesen" (p. 127). Parece cierto que Benzoni, para la redacción de este capítulo, se dejó llevar por lo anotado por Cieza de León, quien había publicado la primera parte de su crónica en 1553, doce años antes que la del italiano.

La costumbre de algunas comunidades aborígenes de colocar los cráneos de sus parientes muertos -o también los de monos y otros animales de su dieta de cacería, como amuletos propiciatorios- a la entrada de sus viviendas, probablemente haya hecho creer a los extranjeros que la antropofagia era práctica profusa y arraigada. Cieza de León relata que en los confines colombianos del Darién dos pueblos rivales llegaron a tener "gran disminución, porque todos los que se tomaban en la guerra los comían y ponían las cabezas a las puertas de sus casas" (Op. cit., p. 61). Más adelante relata algo que considera bien extraño "y de gran admiración": cuando la ciudad colombiana de Antioquia fue poblada, los caciques del valle de Nore "buscaban de las tierras de sus enemigos todas las

mujeres que podían, las cuales traídas a sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias; y si se empreñaban dellos, los hijos que nacían los criaban con mucho regalo hasta que habían doce o trece años, y de esta edad, estando bien gordos, los comían con gran sabor, sin mirar que eran su substancia y carne propia; y desta manera tenían mujeres para solamente engendrar hijos en ellas, para después comer; pecado mayor que todos los que ellos hacen" (p. 62). La crónica de Cieza relata a continuación episodios de antropofagia que lindan con el más terrible humor, de los cuales pone por testigos a conquistadores amigos, y si no fuera porque se harían interminables, los transcribiríamos en esta relación.

Un viajero francés, Jean Alfonse, pseudónimo de Jean Fonteneau, escribió a comienzos del siglo XVI un recuento de sus viajes en el que además de referirse al canibalismo de las tribus del litoral brasileño, escribe sobre los caribes (traducimos del original francés): "Desde el Maraón hasta Trinidad son todos canibales que comen carne humana. Y van por el mar de una isla a otra robándose unos a otros. Y son tan crueles que cuando hallan algunos de sus enemigos, de una parte como de otra, los comen" (7).

Como los otros viajeros, acaso para demostrar la verosimilitud de sus hazañas, Alfonse habla de los comedores de hombres; pero sin aportar prueba alguna.

Al parecer, era una moda decir que se había visto canibales del mismo modo que la imaginé del siglo XI había inventado Arcadias, Gigantes y Fuente de Juventud.

Al comentar un incidente de la expedición del alemán Jorge Spira en los llanos venezolanos, fray Pedro de Aguado escribe que, al atacar a los invasores, los indios lo hacían con lanzas de palma, flechería con recios arcos y grandes hondas en las que eran muy diestros: "traían asimismo muy grandes ollas y gruesas cabuyas o sogas para atar a los españoles y guisarlos y comerlos y celebrar una muy buena comida, para el cual efecto tenían allí consigo a sus mujeres con los aderezos de cocinar" (Vol. I. p. 177). En otro lugar confirma lo anterior al referirse a los Choques: "Es gente que come carne humana toda ella en general, hasta las mujeres, por lo cual se mueven grandes guerras entre sí unos con otros, y por comerse no tienen ley el padre con el hijo y el marido con la mujer" (Vol. I, p. 184).

Por su parte, el conquistador o aventurero alemán Nicolás Federmann, refiriéndose a los jiraharas de la Sierra de Coro, anota en su narración: "Esta nación posee poco oro y no se encuentran minas de este metal en el país. No comercian con sus vecinos, porque todas las gentes que habitan esas montañas son enemigas; comen carne humana y devoran todos los individuos de otras tribus de que pueden apoderarse" (8).

El religioso capuchino Fray Agustín de Frías (1625-1698), refiriéndose a los Chaimas de la región del Guarapiche y a otras naciones del oriente venezolano, no oculta su sorpresa al hallarse ante gentes tan bestiales que cree estar entre "una nueva especie de hombres fuera de la especie de hombres". Las apreciaciones de Frías (que datan de 1660) son evidentemente compartidas (en 1964!) por el también sacerdote capuchino Buenaventura de Carrocera, quien nos recuerda que aquél se había aventurado a "evangelizar aquellos bárbaros". En carta al obispo de Puerto Rico, Frías escribe: "Son estos caribes más inhumanos porque llegan a comer a sus padres y parientes, y, cuando los miran muy enfermos, los matan antes que naturalmente mueran, porque lo dilatado de la enfermedad no se enflaquezcan, no permitiéndoles otro sepulcro sino sus brutales vientres. Esta circunstancia no la he visto ocularmente (sic), aunque estuve en casa del mayor cacique de ellos, cuyo hijo mayor había muerto a su madre y comió con nosotros el homicida. Sólo tienen una cosa algo buena, que es guardar y cumplir la palabra; con que, si la dan, la cumplen casi siempre" (9).

Contemporáneo y compañero de Frías en las misiones capuchinas del oriente venezolano, Fray Francisco de Tauste suministra en 1678 este cuadro igualmente aterrador sobre los caribes del Guarapiche (los cuales, no es inútil recalcarlo, opusieron tenaz resistencia armada a la colonización española): Su ordinario ejercicio es andar a caza de indios para comer. Los que matan en su guerras, luego los asan para poderlos mejor guardar incorruptos; los que cogen vivos, los traen consigo a sus tierras, y, si están flacos, los engordan y, en estando en estando gordos, los matan y comen". A continuación describe una horrorosa escena que bastaría, leyéndola, para excusar cualquier acción punitiva contra este pueblo, ensañado en sus víctimas, según Tauste, como verdaderos demonios (10).

Fray Pedro Simón -seguidor de Aguado- introduce un elemento si se quiere novedoso en las noticias proporcionadas por fuentes españolas sobre la presunta antropofagia de los pueblos del oriente venezolano: su origen religioso y su forma ritual. En honor a la verdad, ya la *Recopilación historial* de Aguado lo había asomado, y Simón no hace sino recogerlo y adicionarle otros pasajes: "De las provincias referidas -dice Simón-, algunas había que comían carne humana por venganza o rito, o grandeza de alguna victoria que habían conseguido, y ésta no la comían de cualquier indio, sino del principal o señor o algún capitán que por su desgracia quedaba preso en la guazabara" (11). Compárense estas líneas con la anterior cita de Aguado y se tendrá uno de los muchos ejemplos de "seguimiento profesional" que en torno al canibalismo indio abundaron. (Ver Addenda 15).

Las referencias de Aguado y Simón sobre el probable origen ritual de las prácticas antropofágicas de los caribes, son confirmadas por el fraile franciscano Matías Ruiz Blanco en las postrimerías del siglo XVII. Ruiz Blanco vivió largo tiempo entre naciones de la región oriental de Venezuela y afirma haberse hallado con gente de diversas lenguas aunque de costumbres parecidas: "Si admitieran la fe -escribe-, siento que habían de ser mejores cristianos que los demás indios; más lo agravios que han recibidos de algunos españoles nos han cerrado más la puerta. Dicen algunos que son traicioneros, mas no dicen la causa. Yo la sé y la callo, porque no la puedo remediar. En aquella provincia salieron a cierto lugar cantidad de Caribes a pedir paz y a establecerlas con el Gobernador. Y el teniente, poco temeroso de Dios y faltando al derecho natural, los dejó descuidar y les cogió las armas, y dio orden que los matasen, y así lo hicieron. Crueldad indigna de bárbaros, no digo yo de españoles. En otra ocasión hicieron lo mismo con los Caribes de Amana, que estaban de paz y les administraban los bastimentos y noticias de los movimientos del enemigo francés, a quien los Chaimas dieron entrada por el río de Guarapiche para despoblar el lugar de San Carlos, que no despoblaron sino los mismos españoles; y, para retirarse, quitaron las vidas a los pobres Caribes, entrando a sus casas de paz y con dolo". En párrafos anteriores había hecho referencia ocasional a la antropofagia caribe: "Los Caribes son más dispuestos y hermosos; más alentados, muy limpios y nada perezosos para el trabajo. Hacen sus casas con mucho primor, y todos los demás los respetan y temen. El ordinario alimento del Caribe es el cazabe, que come siempre fresco; plátanos, pescado o carne de monte. No comen carne de vaca ni

tocino. Alguna vez comen carne humana, de aquellos indios con quienes tienen guerra, y los hacen por trofeo, no para sustentarse". Más adelante confirma esto último: "Estaba reciente la nueva concordia de los indios Palenques con los Cumanagotos, naciones tan opuestas que, en sus guerras y lides, se comían los unos con otros (12).

También un viso de canibalismo ritual observó Pelleprat entre los caribes de la región del Guarapiche: "Los salvajes de este país no son crueles ni siquiera con sus más grandes enemigos (...) Algunos han dicho que se los comían, como hacen algunos otros pueblos de América, pero yo no he visto esta práctica entre los salvajes; a veces cortan solamente una mano o un pie del cuerpo muerto de su enemigo, y lo asan a fuego lento hasta que ya no tenga sustancia, para poder conservarlo sin putrefacción. Esto lo hacen más bien para vanagloriarse y para demostrar su valor (...) Después presentan estas tristes reliquias en sus asambleas y dan un pequeño trozo, sobre la punta de un cuchillo, a las personas dignas de consideración, pero la mayor parte lo rechazan (Op cit., p. 71).

Otro francés, Henry de Lalung, quien comenta los escritos del padre Breton e introduce una sorpresiva noticia sobre la antropofagia entre los arawacos, relata cómo en las fiestas rituales celebradas por los caribes de las Antillas occidentales antes de partir a la guerra, las mujeres viejas, en medio de la ebriedad colectiva, arengaban a los guerreros excitándolos a la venganza. Describiendo los ultrajes inferidos por los arawacos a los suyos, una de ellas lamentaba la pérdida de su hijo, otra su hermano o un tío que habían sido comidos por aquellos. "Y cuando veían que la asamblea, sobre-excitaba por la bebida, era presa de la furia, echaban en medio del auditorio algunos miembros cocinados (*boucanés*) de enemigos muertos en la guerra. Todos se precipitaban, como locos furiosos, sobre estos retos humanos (...) devorándolos con toda la rabia que eran capaces gentes vengativas y ebrias" (13).

DE CANIBALES EUROPEOS

Al formular una profunda revisión de las concepciones de la antropología tradicional en torno a la antropofagia, antropólogos contemporáneos no excluyen que el canibalismo habitual podría haber estado presente alguna vez en la historia de las sociedades humanas, pero hasta ahora, a la luz del análisis de las fuentes y evidencias más aceptadas, nada autoriza, para decirlo con palabras de W. Arens, la fácil suposición de que el acto fue o ha sido alguna

vez un rasgo cultural prevaleciente. Por el contrario, formas de antropofagia no habitual hemos hallado en diversas culturas de la tierra, casi siempre como consecuencia de rituales religiosos (prendidos o no del sacrificio de la víctima) y necesidades de supervivencia. Una supuesta divinidad cananea, Moloc (o Molek, en hebreo) se menciona en la Biblia como vinculada a los sacrificios de los niños (Levíticos 18:21; 1 Reyes, 11:7; Jeremías, 32:35), los cuales tenían lugar en el valle de Hinnom, cercano a Jerusalén, y estaban considerablemente extendidos como práctica entre los israelitas precristianos. El sacrificio de animales es practicado todavía por distintas religiones. La ceremonia (haya o no la ingesta de carne de la víctima) constituye y constituyó un ritual que puede simbolizar comunión con la divinidad, acción propiciatoria de bienaventuranzas o cualidades (supuestamente poseídas por la víctimas), expiación, acción de gracias, recogimiento místico o solidificación de los lazos sociales en una comunidad. La inmolación iba precedida de un rígido ceremonial cuya finalidad, en última instancia, parecía ser restaurar o reforzar la unidad social o el poder de la clase dirigente (como llegó a ocurrir entre mayas y aztecas). (14).

Un rito católico, presente en nuestros días, hace que el sacerdote dé a comer al comulgante una hostia como parte del cuerpo de su dios. Tomad, comed, esto es mi cuerpo" se escribe en un pasaje de la Biblia (Mateo, 26:26), lo que vendría a constituir, si aplicáramos los métodos deductivos de algunos historiadores y etnólogos, una evidencia del canibalismo superviviente en las comunidades cristianas.

Parece científicamente improbable demostrar que el canibalismo no existió, del mismo modo que no puede verificarse la inexistencia de Dios. Más, para probar lo contrario, el razonamiento ha de ser también válido. Reunir argumentos y testimonios incontrastables, sólidos, es por lo menos necesario y prudente cuando se desea atribuir a un conglomerado social determinada práctica o costumbre. En América, por ejemplo, las crónicas de los propios colonizadores recogen actos de antropofagia llevados a cabo, no por "salvajes" indios, sino por civilizados europeos, y a nadie, por ello, se le ocurriría tachar de canibal al pueblo español del siglo XVI.

Veamos algunos casos:

Al regreso de su segundo viaje, perdidos en el océano tras una terrible tormenta, los hombres de Colón son atacados por el hambre y la desesperación,

que eran tan grandes "que muchos querían comerse a los indios que traían y otros por reservar lo poco que se le daba, querían que fuesen echados en el mar, como lo hubieran hecho si el Almirante no mostrara gran rigor para evitarlo, considerando que eran sus prójimos y cristianos" (Colón, op. cit., p. 199).

Fernández de Oviedo cuenta este acto de canibalismo efectuado por miembros de la expedición del alemán Alfínger (o Ehinger): "Tornando a la historia, después que el capitán Íñigo de Vascuña, por su desventura y enfermedad o lesión de su pierna, se quedó echado en su hamaca y los compañeros se partieron de él, y prosiguieron su camino con el capitán Portillo, cuando fueron un cuarto de lengua apartados, acordósele que no llevaban lumbre y volvieron dos compañeros por ella, y hallaron al capitán Vascuña echado, quejándose mucho de su mal y llorando su trabajo. Y aquel Cristóbal Martín (en realidad Francisco, N. del A.), escopetero, estaba abriendo un muchacho indio manso de los que traían y se habían tomado en el valle de los pacabuyes, al cual mató para comérselo. Espantado de tan crudo espectáculo los que iban por la lumbre, la tomaron y se fueron tras la compañía, que los estaba aguardando, y les contaron lo que habían visto, lo cual no pudieron oír algunos sin lágrimas, y todos con muchos suspiros lo sintieron en el alma. Estos compañeros caminaron tres días hasta llegar al río (...) Y estando los cristianos cortando palmitos para comerlos, sintieron los indios, y saltaron en tierra con sus armas, y fueron hacia ellos, y llegaron junto a los cristianos hablándoles de paz: y diéronles todas sus armas y de la comida que llevaban en las canoas (...) y quedáronse allí con los cristianos siete indios de aquellos (...) aquella misma noche, estando esperando las canoas que habían de venir otro día con la comida, y los siete indios echados entre ellos muy seguros y velándolos, se determinaron algunos cristianos mal sufridos de prenderlos, diciendo que las canoas vendrían con mucha gente para matarlos, como habían hecho a los tres cristianos, y que era bien atar a aquellos indios y llevarlos para comer en el camino, porque los que viniesen no lo matasen y comiesen a ellos (...) Y como los indios vieron que echaban mano de ellos, y los cristianos estaban flacos y sin fuerzas, escapáronsele, los se-is y tomaron el uno (...) y tomaron al indio atado, y llegaron a un arroyo que entra en el mismo río, y le mataron y le repartieron entre todos, y hecho fuego, le comieron: y durmieron allí aquella noche, y asaron de aquella carne lo que les quedaba para el camino" (Historia, Libro XXV, Cap. VII).

La continuación del relato de Fernández de Oviedo realza, sin proponérselo, el contraste entre las conductas indias y castellana. En otro pasaje cuenta que un integrante de la misma expedición, abandonado por sus compañeros en plena selva por haberse herido, es rescatado y cuidado por los caribes, entre quienes vive durante tres meses. Luego de ser salvado, el soldado es trasladado a otra nación de indios, los pemenos, y "en este pueblo, otro Maracaibo de los pemenos, estuvo este Francisco Martín (probablemente el mismo soldado abandonado con Vasuña, N. del A.) un año". Allí se hace médico o curandero -seguramente no a la fuerza, como lo hace ver Oviedo- de tal manera que los indios lo tenían por maestro o shamán "y ningún osaba curar, sin venir primero a examinarse con él". Piache o simple curandero biculturizado, Martín pudo vivir entre los indios como "protomédico, y alcalde y examinador mayor de los físico, que el diablo tenía en aquella provincia y de sus arbolarios y oculistas y argebristas. Sus medicinas eran bramar y soplar y echar tabaco". No obstante, según Oviedo, los indios sospechaban de él creyéndole integrante de la expedición de Alfínger que había asolado la región y por ello le vigilaban. "Y así fue con los cristianos -concluye Oviedo- y los guió al pueblo donde estaba preso y los indios alzados: y los hizo venir de paz adonde la gente estaba, y se vistió como cristianos y dejó el hábito que traía, con aquella mala costumbre, que hasta allí usaba entre los indios. Y lo pidió por testimonio, como católico y hombre que para aquello había sido forzado, y él del temor a la muerte usando de aquella diabólica medicina y arte" (Ibid).

En 1538, poco antes de ser decapitado por orden de Juan de Carvajal, Felipe de Hutten relataba en carta a su hermano este acto de canibalismo practicado por un cristiano de su expedición: "Sólo Dios y los hombres que lo aprobaron conocen las privaciones, la miseria, el hambre, la sed y la pena que sufrieron los cristianos durante estos tres años (...) Es de espanto lo que en esta jornada tenían que comer los cristianos, de bichos como culebra, sapos, lagartijas, víboras (...) gusanos, hierbas, raíces y muchas diversas cosas y malas comidas, aún devorando algunos carne humana, contra la naturaleza. Un cristiano fue encontrado cuando cocinaba con hierbas un cuarto de un muchacho indio (...)" (15).

Las casas, en el relato que hace de la expedición de Nicuesa, cuenta que en las espesas selvas pantanosas de Veragua (en la actual Panamá), los hombres morían cada día de hambre y enfermedades "y a tantas estrechura o penuria vinieron, que 30 españoles que

fueron hacer los mismos saltos, padeciendo rabiosa hambre y hallando un indio, que ellos o otros debían haber muerto, estando ya hediendo, se lo comieron todo, y de aquella corrupción quedaron todos tan inficionados que ninguno escapo" (Historia, Vol. II, P. 423). López de Gómara confirma la versión lascasiana: "Comieron en Veragua cuantos perros tenían, y tal hubo que se compró en veinte castellanos, y aun de allí a dos días cocieron el cuero y la cabeza, sin mirar que tenía sarná y gusanos, y vendieron la escudillas de caldo a castellano. Otro español guisó dos sapos de aquella tierra, que usan comer los indios, y los vendió con grandes ruegos a un enfermo en seis ducados. Otros españoles se comieron un indio que hallaron muerto en el camino donde iban a buscar pan". Y más adelante narra otro incidente antropofágico: "Felipe Gutiérrez, de Madrid, pidió la gobernación de Veragua por ser rico río; y fue allá con más de cuatrocientos soldados el año 36, y los más perecieron de hambre o yerba. Comieron los caballos y perros que llevaban. Diego Gómez y Juan Ampudia, de Ajofrín, se comieron un indio de los que mataron, y luego se juntaron con otros hambrientos y mataron a Hernán Darías, de Sevilla, que estaba doliente, para comer; y otro día comieron a un Alonso González; pero fueron castigados por su inhumanidad y pecado" (Op. cit., p. 82). López de Gómara, relator insospechable de parcialidad indigenista, había escrito páginas atrás a propósito de los expedicionarios de la Florida: "En una isla que llamaron Malhado, y que boja doce leguas y está de tierra dos, se comieron unos españoles a otros, los cuales se llamaban Pantoja, Sotomayor, Hernando de Esquivel, natural de Badajoz; y en Jambo, tierra firme, allí junto, se comieron a Diego López, Gonzalo Ruiz, Sierra, Palacios y a otros" (p. 67).

— Pero no sólo los indígenas americanos fueron víctimas de infamias desgradatorias. Durante el apogeo de la trata de esclavos africanos, uno de los temas preferidos de los propagandistas del esclavismo europeo fue el del canibalismo. Innumerables historias sobre la antropofagia entre los africanos se difundieron por toda Europa, "sin duda con el objeto de hacer más verídica la propaganda de los traficantes de esclavos que al trasladarlos de Africa a las Indias Occidentales mejoraban su destino". (16).

Como señala W. Arens, la diseminación de errores y la difusión de otro tipo de ignorancia advino con el llamado descubrimiento del Nuevo Mundo. Un serio problema metodológico constituyó entonces (y constituye) la incapacidad de investigadores y lectores

para colegir, entre un cúmulo gigantesco de informaciones, la significación de costumbres y la veracidad de noticias artificialmente divorciadas de su ambiente cultural. Por ello "la interpretación de tales hechos en aislamiento unas veces resulta sin sentido y otras conduce a interpretaciones erróneas" (17). En su obra, Arens demuestra como hasta un reputado arqueólogo y antropólogo de nuestros días, Irving Rouse, autor de una obra en cuatro tomos sobre los caribes (The Carib, New York, Cooper Square Press, 1948), es capaz de aceptar sin vacilar las dudosas palabras de Colón sobre la antropofagia aborígen, expresando que aquel "confirmó el dato de que los caribes "se comían a los cautivos para absorber su capacidad guerrera" (Ver Addenda 16).

Versiones que niegan la antropofagia indígena cunden por igual en la historiografía del Nuevo Mundo. En el tercer libro de su Historia. Las Casas, al referir la aventura del náufrago Jerónimo de Aguilar, quien fuera recogido y protegido por los mayas de Yucatán, pone en duda la versión de Gómara -recogida por Cortés y otros conquistadores- sobre las prácticas antropofágicas de este pueblo: "Gómara dice que había dicho que algunos sacrificó dellos a sus ídolos y los comió y otros guardó para los sacrificar, pero que se huyeron y aportaron a tierra y señorío de otro señor que los guardó y conservó sin hacerle mal alguno (...) Esto de sacrificar hombres y comerlos, como dice Gómara, yo creo que no es verdad, porque siempre oí que en aquel reino de Yucatán ni hubo sacrificios de hombres, ni se supo qué cosa era comer carne humana (y decirlo Gómara, como ni lo vio ni lo oyó sino de boca de Cortés, su amo y que le daba de comer, tiene poca autoridad, como sea en su favor y en excusa de sus maldades) (subrayado nuestro), sino que esto es **lenguajes de los españoles y de los que escriben sus horribles hazañas, infamar todas estas universas naciones para excusar las violencias**" (Vol. III., p. 231).

El propio Las Casas dice haber contribuido a desvirtuar el presunto canibalismo de los naturales de la isla de Trinidad, contra quienes se habían librado autorizaciones para esclavizarlos. Narrando el episodio y autonombrándose, dice Las Casas: "El clérigo resistió, afirmando que no era verdad, por lo cual mandaron que se pusiese en la intrucción real que llevó el licenciado Figueroa, cómo el clérigo Bartolomé de Las Casas afirmaba que los indios naturales vecinos de las isla de Trinidad no eran caribes, conviene a saber, no eran comedores de carne humana; que le mandaba que con toda diligencia, en

llegando a esta isla, tomase sobre ellos información y examinase la verdad; el cual así lo hizo con muchos marineros y otros de los mismos que la saltaron algunas veces, y halló que no eran caribes, sino muy modestos y ajenos de aquellos males; y el mismo licenciado Figueroa me lo afirmó" (Vol. III., p. 186).

Labat considera un error creer en la antropofagia caribe y da razones sustentadas -dice- con pruebas "más claras que el día". El, que ha vivido largos años entre los caribes cree que, por el contrario, éstos son más humanos y si alguna vez se contó que en los comienzos de la colonización francesa e inglesa hubo personas que fueron muertas y comidas por ellos, esto fue un acto excepcional, consecuencia del furor de la guerra "al no poder vengarse plenamente de la injusticia que les infligían los europeos" (Op. cit., p. 195). Labat vivió entre verdaderos caribes de las Antillas orientales, en quienes pudo apreciar, revela, sentimientos y costumbres contrarias a las comúnmente divulgadas, pero no deja de suponer actos de antropofagia en distantes pueblos aborígenes, aunque, agrega, "esto puede ser verdadero y puede ser también falso" (Ibid).

De Lalung, basado en la relación de Bretón, llega a las mismas conclusiones: "Sería un error -escribir- creer que los caribes eran antropófagos en el sentido propio del término. Hemos dicho que hacían una sola comida regular: en la mañana. Cuando en el resto del día sentían hambre comían cangrejos y frutas, pero jamás la carne humana figuraba en su menú habitual, como pasaba en ciertas tribus de Africa". Además de situar, según la costumbre, los antropófagos en tierras lejanas, el autor da por cierto, sin embargo, que aparte de guardar los miembros "bucaneados" (o conservados mediante el proceso de ahumarlos) de sus enemigos arawacos como trofeos de victoria y comerlos por venganza en las celebraciones prebélicas, los caribes, al comienzo de la colonización, llegaron a exceso antropofágicos contra los europeos como forma de vengar las injusticias de que eran víctimas (Op. cit., p. 48).

El aventurero francés Dauxion Lavaysse coincide con Labat en negar la antropofagia entre los caribes: "Si hubo antropófagos fue antes de la conquista; y si es verdad que ellos fueron culpables de tal monstruosidad, fue sin duda en el delirio de la venganza, después del combate" (Op. cit., p. 132).

La obra de Arens nos ilustra sobre esta especie de reiteración histórica de atribuir la barbarie (y sus

secuelas) a pueblos remotos y desconocidos. Cuando el Mediterráneo era el centro del universo cultural europeo, Heródoto suponía que la antropofagia existía... pero en la Europa oriental; mientras que en ésta Estrabón abrigaba los mismos temores acerca de los bárbaros de occidente: "así, en buena compañía y en forma clásica, una reciente enciclopedia de la antropología para la presente generación de estudiantes registra que el canibalismo "sólo se practica hoy en las zonas más remotas de Nueva Guinea y Sudamérica". Al igual que los pobres, los caníbales siguen entre nosotros, pero felizmente un poco más allá de las posibilidades de observación" (Op. cit., p. 150).

El historiador y etnólogo venezolano Bartolomé Tavera Acosta, quien residiera durante largo tiempo entre diversas tribus del alto Orinoco, escribe que jamás vio comer carne humana a ningún indio y considera que la confusión probablemente deviniera del consumo que hacía éstos del mono araguato (simia araguato), tan parecido a un ser humano. Tavera escribe en el capítulo VII de su libro *Río Negro*: "Juzgo parecida impresión la que recibirían aquellos blancos a la que experimentamos la primera vez que vimos un araguato muerto y preparado para el almuerzo de los indígenas tripulantes que llevábamos, en 1900. Era exactamente igual a un muchacho de 14 o 16 años, y su aspecto el de un perfecto cuerpo humano sin movimiento. No quisimos presenciar la autopsia, que diríamos, y nos retiramos a la embarcación. Nos hallábamos fondeados a las márgenes solitarias y silenciosas del Alto Orinoco, arriba de los raudales, y nuestro pensamiento voló a la época, cerca de cuatro siglos antes, en que remontaron los españoles por primera vez el mayor de nuestros ríos, ignorantes de la existencia de aquellos simios, tan semejantes físicamente al hombre. Cuando salimos de nuevo a tierra la ilusión fue completa: nos pareció que era un ser humano a quien los indios tenían descuartizado" (18).

Entre los estudiosos contemporáneos que han abordado el tema, Acosta Saignes, al aceptar ciertas fuentes históricas admite la antropofagia indígena (y no sólo entre los caribes) explicándola como forma ritual correspondiente a un pueblo de escasa capacidad productiva. "Aparte su significado de magia simpática -observa-, es decir, la ingestión de un ser dotado de muchas cualidades para adquirirlas, se comprueba la existencia de este canibalismo, entre pueblos agrícolas de escasas capacidad productiva". Y en otra parte de su estudio: "El canibalismo que los

primeros cronistas y aun otros habían anunciado como vianda consuetudinaria era muy distinta cosa. Se trataba de un menester ritual, para la cual se ayunaba, el cual practicaban sólo en ocasiones y en medio de ciertas ceremonias. Además se consumían sólo ciertas porciones del cuerpo humano. Otras, por el contrario, no podían comerse" (19). Pero Acosta Saignes cita un dudoso testimonio de Rivero y estos versos de Juan de Castellanos, bien distantes ambos, por cierto, de constituir pruebas incuestionable:

Comen algunos destos carne humana
Por vía de pasión y de venganza,
Y aquesta crudelísima comida
Es fuera de sus casas escondida.
No la quieren comer en parte rasa,
Sitio donde la gente menos pisa,
Las ollas nunca más entran en casa,
Ni vaso ni cazuela do se guisa;
No se come, sacada de la brasa,
Con grita, regocijo ni con risa;
Antes parece tal mantenimiento
Selles un cierto modo de tormento...

En conclusión, sólo un hecho parece cierto e incontrovertible: la pretendida antropofagia aborígen (que de haber sido verdadera en poco hubiese desmerecido su cultura) fue utilizada como pretexto y esclavización. La propia palabra *caníbal*, corrupción de *Kari'ña* o *Caribe*, devino de la casualidad y la confusión, pues fueron los arawacos de las Antillas occidentales quienes al informar a los españoles sobre sus enemigos caribes, los motejaron como sanguinarios comedores de hombres (tal como los propios caribes hacían con ellos). Por lo demás el análisis de las fuentes históricas nos depara un cúmulo de elementos contradictorios, ninguno irrefutable, la mayor parte de las veces provenientes de versiones igualmente inciertas. En la actualidad nadie ha podido demostrar que la supuesta práctica ha sobrevivido entre los pueblos llamados primitivos.

Un somero análisis de disímiles testimonios históricos universales recogidos, por ejemplo, en una obra alusiva de 1974 -lastimosamente con fines más estrepitosos que científicos- mueve al escepticismo o la perplejidad, pues de ser ciertas las aseveraciones que allí se hacen nadie habría podido explicar el crecimiento demográfico de África y otras "regiones salvajes". Veamos a guisa de muestra: "Los *niam'sniam's* de África Central (es decir, "los comilonos") se limaban los dientes para roer mejor a sus semejantes (...) Fueron imitados por los mombutus, los

bobos y los pauinos, que llegaron al extremo de devorar muertos y enfermos. Los fans del Gabón actuaban de la misma manera (...) En Dahomey, el tráfico de carne humana había adquirido proporciones nacionales (...) Lo mismo ocurría en Oceanía (...) En las islas Fidji, los jefes seleccionaban con un golpecillo de una caña de bambú a las mujeres que les apetecía comer (...) Entre los papúes, las viudas insensibles eran condenadas y devoradas (...) Además de su excelente gusto, la carne humana había adquirido entre los mexicanos, un carácter sagrado (...) De ahí la intensidad de estos sacrificios, que desconciertan el espíritu, teniendo en cuenta su inmenso número, ya que en México solamente los conquistadores españoles encontraron 136.000 cráneos en una pirámide..etc. etc." (20).

El desarrollo del capitalismo y su consiguiente expansión en ultramar requería de justificativos morales para su práctica saqueadora y etnocida y nada mejor que la creación de bárbaros caníbales, incapaces de apreciar las virtudes de la misión civilizadora de quienes habían llegado tras las riquezas de esos pueblos.

La fábula caníbal (aplicada masivamente a los pueblos del Tercer Mundo) siguió y sigue utilizándose para justificar ideológicamente un sistema real de explotación (el colonialismo y el neocolonialismo) y una noción de civilización que se auto-erige como la única posible en el vasto abigarrado universo de las sociedades humanas.

NOTAS

(1) W. Arens, **The man-eating myht, anthropology & anthropophagy**, Oxford University Press, Inc, 1979. Esta y las otras citas son de la versión castellana de la Editorial Siglo XXI, México, 1981, pp., 17, 25 y 28.

(2) Miguel Acosta Saignes, **Estudios de etnología antigua de Venezuela**, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, p. 147.

(3) Cristóbal Colón, Op. cit.

(4) Américo Vespucci, Op. cit.

(5) Fernández de Oviedo, **Historia**, Segunda Parte, Libro XXIV, Cap. XVII, p. 180.

(6) Fray Pedro de Aguado, **Recopilación historial de Venezuela**, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1963 (2 vol.), Vol. II, P. 16.

(7) Jean Paul Duviols, **Voyageurs francais en Amérique** (Colonies espagnoles et portugaises), París, Bordas, 1978, p. 43.

(8) **Narración del primer viaje de Federmann a Venezuela**, (traducida y anotada por Pedro Manuel Arcaya), Caracas, Litografía y Tipografía del comercio, 1916, p. 30.

(9) P. Buenaventura de Carrocera, **Los primeros historiadores de las misiones capuchinas en Venezuela**, Caracas, Academia Nacional de la historia, 1964, pp. 130, 150 y 152.

(10) Op. Cit., pp. 199-200.

(11) Fray Pedro Simón, **Noticias historiales de Venezuela**, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1963 (2vol), Vol.II, p. 105.

(12) P. Matías Ruiz Blanco, **Conversión de Píritu** (incluye también el **Tratado histórico** del P. Ramón Bueno), Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965, pp. 38 37, 76.

(13) Henry de Lalung, **Les Caraibes, un peuple étrange aujourd'hui disparu**, París, Bourrellier, 1948, pp. 46-48.

(14) Un amplio y denso análisis sobre este tema, cuyos supuestos y conclusiones no siempre compartimos, ha sido llevado a cabo por René Girard en **La violencie et le sacré**, París, Editions Bernard Grasset, 1972. Hay traducción castellana de la Universidad Central de Venezuela, 1975.

(15) Juan Friede, **Los Welser y sus gobernadores en la conquista de Venezuela**, Madrid, 1961; pp. 358-359. Citado por Alejandro Lipschütz, **Marx y Lenin en la América Latina y los problemas indigenistas**, La Habana Casa de las Américas, 1974, pp. 167-168

(16) Richard Hart, **Esclavos que abolieron la esclavitud**, La Habana, Casa de las Américas, 1984, p. 89.

(17) Arens, op. cit., p. 46.

(18) Citado por Julio César Salas, **Tierra-Firme**, (Estudios sobre Etnología e Historia) Mérida, Universidad de los Andes, 1971, p. 239.

(19) Acosta Saignes, Op. cit., pp. 167, 158.

(20) Roland Villeneuve, **Le cannibalisme**, Verviers, Edition Gérard & C°, 1974.